timo la atención. Hemos tenido siete días de aguas terribles desde Burgos, y en Vizcaya nos ha nevado mucho. Por poco no he perdido todos mis vestidos, porque ha calado el agua las bacas, y algunos se me han echado á perder. Mañana por la mañana nos iremos en ocho días á Narbona, y tal vez se pueda ir de Carcasonne á Montpellier sin pasar por Narbona, lo que nos ahorrará algunos días; pero ésta no lo he podido apurar aquí, y en Tolosa lo sabré. Allí está la de Siruela, (1) y espero verla. Envíame al catalán á Grenoble ó á Chambery, pues ya estarán estos pobres criados reventados cuando lleguemos allí. Digo esto en caso que no halles gran inconveniente, porque como no van en posta, no trabajarán tanto como cuando vinimos á España; pero como son muchos días, pues será casi un mes desde aquí hasta el Mont-Cenit, comprendiendo Annecy y los días de descanso, temo no puedan aguantar; las aguas les han reventado estos días, y después será el calor. Adiós, que te había ofrecido cuatro renglones y es una carta en forma."

XXIII

El día 3 de Junio de 1783 tuvo el Duque de Villahermosa ese despertar sin pereza porque comienzan siempre los días con ansia esperados. Hizo, sin embargo, sus devociones, y oyó Misa en casa con la pausa y devoción de costumbre, y sin perder punto de su gravedad de Embajador del señor Rey católico D. Carlos III, entretúvose después en arreglar por su propia mano cucuruchos de anises, cajas de rosquillas y juguetes de varias especies, capaces en número y calidad de realizar los sueños de media docena

[1] Doña María Ana Espinola, Condesa de Siruela.

de Vitorios antojadizos. A las nueve en punto paró á la puerta de la Embajada una silla de postas, y bajo la inspección del Duque procedióse á colocar en ella todo aquel cargamento de infantiles vituallas. Llegaron á poco el caballero Carroggio, Ministro de Génova en la corte de Cerdeña, y el Conde Condronchi, que lo era de Roma, y subiendo los tres en la silla, tomaron á muy buen paso el camino de Novelase, donde llegaron á las ocho, y allí pasaron la noche. Prosiguieron al día siguiente el viaje muy de mañana, y pasaron el Mont-Cenit con malísimo tiempo, haciendo alto en Lannebourg, y despachando de allí un correo que trajese noticias de lo que buscaban. Alargáronse todavía por el camino de Chambery, y media hora después encontraron los coches de la Duquesa, que venían atrasados por haber salido de San Miguel demasiado tarde. Celebró mucho la Duquesa la fidelidad del Duque en observar sus instrucciones sobre anises y rosquillas, y aguó el contento de éste una fluxión al carrillo que traía Vitorio Amadeo, y le impidió por ende gozar á su antojo de los regalos paternos. Tomaron todos el camino de Turín, con el regocijo natural que trae la primera vista después de larga ausencia, y hallaron en Susa al Embajador de Francia, que había salido también á recibirles.

Al día siguiente á su llegada fueron los Duques á hacer su corte á los Reyes, después de Misa mayor, y la Reina hizo á la Duquesa la distinción grandísima de invitarla á pasar un día en su viña, atención que sólo usaba con las Princesas de la sangre. Llovieron por mucho tiempo sobre la Duquera visitas y cumplidos, convites y recepciones; mas no se descuidaba ella en sus buenas obras, y sobre las que de ordinario hacía, comenzó por aquel tiempo á fre-

cuentar los hospitales y casas de pobres, con caridad tan asidua y tan ferviente, que rayaba ya en temeraria; pues ni la miseria la detenía, ni las lejanas distancias la cansaban, ni las enfermedades contagiosas eran parte para infundirla temor ó repugnancia. Llegó en esto á la corte la noticia de que los Archiduques Fernando y Beatriz de Este, grandes Duques de Toscana, llegarían presto á visitarla, y esto detuvo el proyecto de retirarse á la casina que en Rivoli había tomado el Duque, para hacer de nuevo, durante una semana, los ejercicios de San Ignacio. Llegaron al cabo los Archidques á Turín, con el nombre de Condes de Nettembourg, y préciso fué á la Villahermosa participar de fiestas y regocijos, pues ella y la Condesa de Breüner, Embajadora de Viena, eran las encargadas por el Cuerpo diplomático de acompañar á la Archiduquesa Beatriz de Este. Al día quinto de su estancia en Turín fueron los Archiduques á comer á la Embajada de España, y con esta fecha escribe el Duque en su diario: "Estuvieron los Archiduques á ver las pinturas del Palacio real, donde fué á verlos el Duque de Chablais, con cuyo motivo no vinieron á comer á mi casa hasta las tres de la tarde. Cerca de las seis se fueron á la suya, y después partieron para Montcalieri, donde los Príncipes del Piamonte les dieron un baile á que asistimos todos, y después cenaron las personas reales con las damas de Palacio, mi mujer y la Condesa de Breüner."

Al día siguiente acompañó también la Duquesa á los Archiduques á comer con los Príncipes del Piamonte en el Sitio real de Stupinitz, y pasearon después por el bosque. Socorría entonces la Duquesa en Turín á dos pobres mujeres, madre é hija enfermas de calenturas pútridas, y como su asistencia en aquellos días á la corte la había impedido visitarlas, fuese

aquella misma tarde, no bien dejó á los Archiduques, á la lejana casucha infecta y miserable en que vivían, y allí permaneció más de dos horas, acompañándolas y asistiéndolas. Levantóse á la mañana desazonada, mas nada dijo al Duque, porque debía éste partir aquel mismo día con el chico á la casina de Rivoli, y quedarse ella sola en Turín para comenzar los ejercicios de San Ignacio bajo la dirección de un abate muy piadoso, cuyo nombre no hemos encontrado por ninguna parte. El fervor con que se entregó la Duquesa durante esta semana á la vida de espíritu, fué verdaderamente indiscreto; pues sin hacer caso del vago malestar que la mortificaba, levantábase para hacer una hora de meditación á la media noche, y pasó las dos últimas de claro en claro, preparándose la primera para hacer su confesión general, y ocupada la segunda en consideraciones y lecturas espirituales. Había vuelto el Duque aquella misma noche de Rivoli, molestado por un dolor reumático, y á la mañana hallándose todavía en cama, vióse entrar á la Duquesa en su cuarto, muy pálida y desencajada, frotándose fuertemente el brazo izquierdo, y expresando en mal coordinadas razones su temor de perder el juicio como su hermano D. Luis Pignatelli, [1] ó de sufrir un ataque de perlesía en aquel brazo izquierdo. En vano procuró el Duque calmar su agitación distrayéndola de aquellos pensamientos. Empeñóse la Duquesa en ir á la iglesia en aquella hora y fuése á ella, en efecto, en silla de manos, escribiendo antes en su gabinete un breve testamento por temor de quedarse muerta en la iglesia. Volvió de ésta al cabo de una hora perfectamente tranquila; mas de re-

(1) D. Luis Pignatelli habíase vuelto loco en París un año antes.

pente, estando desayunándose, rompió á reir con descompuestas carcacajadas y gestos grotescos, llenando de espanto á su marido y de consternación á toda la casa. Atacóle aquella noche una recia calentura con violentas convulsiones y congojas tan fuertes, que llegaron á darle la Extremaunción, dejándola ya por muerta. Mas desde aquel punto comenzó á manifestársele un tumor erisipelatoso, que reventó tras varios días, arrojando materias putrefactas, y brotóle después una especie de erupción semejante á la escarlatina. Desde entonces comenzó á ceder la enfermedad, desapareciendo el peligro de muerte; mas la razón no volvía ni había vuelto aún al cabo de mes y medio, y causaba pesar profundo ver á aquella señora tan superior por su talento y sus virtudes, hilvanando noche y día disparatados discursos, sin conocer á su esposo, ni á su propio hijo, ni al santo P. Pignatelli, que, avisado por el Duque á Bolonia, había venido desde los primeros momentos. Pensóse entonces en llevarla á Montpellier, donde florecía á la sazón la célebre Facultad de Medicina, y así se llevó á cabo con grandes precauciones, pidiendo antes el Duque su retiro definitivo de la carrera diplomática, lo cual no se atrevió á negarle Floridablanca en aquellas circunstancias. Salieron, pues, todos de Turín: primero la Duquesa, en posta, con el P. Pignatelli, un mayordomo y las mujeres de su servicio, llevando por delante quince caballos de refresco para suplir los de posta, muy escasos en Saboya. Siguióla el Duque al otro día con el niño Vitorio y el resto de la servidumbre, y llegaron todos á Montpellier á los diez días de su salida, hospedándose en la posada del *Sombrero rojo*.

En Avignon, salió al encuentro del P. Pignatelli un sacerdote, anciano muy venerable, y se le abrazó

llorando. Era el Padre de Nolhac, de la extinguida Compañía de Jesús, rector que había sido del Colegio de Tolosa y párroco que era entonces de Saint Simphorien. Aquel abrazo que juntaba á dos hermanos en el destierro, reunía también á un confesor y á un mártir. La iglesia dió poco después á Pignatelli el dictado de venerable, y la historia unió antes al de Padre de los pobres que ya había dado el pueblo á de Nolhac, el de mártir de la nevera. Porque aquel anciano fué siete años después el heroico sacerdote que con la cabeza rota á garrotazos por los verdugos revolucionarios, tuvo aún tiempo para absolver á sus diecisiete compañeros de suplicio, antes de caer con ellos en la horrible nevera de Avignon.

Cuatro doctores de la Facultad examinaron á la Duquesa, y todos opinaron de acuerdo que la enfermedad era curable, pidiendo tres meses por lo menos de plazo para llevarla á efecto. Mas aquella extraña enfermedad, que nunca llegaron á definir los médicos, desapareció como había venido, de repente casi, y á los cuarenta días de su llegada á Montpellier encontróse la Duquesa perfectamente restablecida, harto débil aún por las dietas y sufrimientos pasados, pero con su cabeza firme, su voluntad entera su corazón sencillo, amante y piadoso como siempre, y su juicio tan recto y seguro, que, según testifica su hijo, no sólo no experimentó después la más leve recaída, sino que en varias enfermedades que sufrió más tarde, jamás tuvo un solo momento de delirio. No se dió la Duquesa cuenta del grave peligro que había corrido, y sólo conservó una vaga reminiscencia de aquella enfermedad, que consideró siempre como medio providencial de que se había valido Dios para arrancar al Duque de la corte de Turín contra los deseos de Floridablanca, que le quería aún allí

confinado. Guardó el Duque tal reserva sobre este pasajero trastorno intelectual de la Duquesa, que ni ne su propio diario asienta una sola vez esta palabra y sólo en las detalladas consultas y diarios de los médicos italianos y franceses que la asistieron es donde hemos encontrado los pormenores que damos. Este deseo del Duque de ocultar á todos aquel accidente, unido al temor de los médicos de que volviera á repetirse, fueron grande parte para hacer desistir al Duque de su proyecto de marchar á Madrid directamente. Dirigióse, pues, á sus estados de Valencia, donde acababa de heredar un nuevo mayorazgo por muerte de su tía la Marquesa de Mina, fallecida meses antes. Acompañóles el P. Pignatelli hasta la frontera de España, y allí se despidió de sus sobrinos para no volverlos á ver nunca. Emplearon los viajeros veintitrés días en el trayecto de Montpellier á Valencia, deteniéndose dos en Barcelona, y apeáronse en aquella ciudad en casa de la Condesa de Cirat, Doña Felicia Zapata de Calatayud, hermana de la Marquesa de la Mina y tía carnal, por lo tanto, del Duque. Trasladáronse de allí á la villa de Cantarroja, á una legua de la capital, lugar sano y alegre donde el Duque tenía un palacio, y tan bien probaron aquellos aires á la Duquesa, que al poco tiempo hallóse en estado de marchar á Madrid, si bien por exceso de precaución del Duque hicieron antes escala en Pedrola. Hallábase la corte en Aranjuez cuando llegaron á Madrid los Villahermosa, y al punto pasó el Duque al Real Sitio para hacer su corte y besar la mano al Monarca. Recibióle éste como no lo había hecho nunca, solo, en el maravilloso despacho de porcelona de la China, construido, por orden del mismo Carlos III, en la fábrica del Buen Retiro. Duró la plática más de una hora, tratándose en ella especialmente de la Duquesa, cuyas virtudes ponderó el Rey, manifestando al fin su deseo de verla en las próximas fiestas que habían de celebrarse en el Real Sitio con motivo de los exámenes de la Sra. Infanta Doña Carlota Joaquina, hija de los Príncipes de Asturias. Comprendió el Duque, como sagaz cortesano en esta actitud del Rey, que ya no pesaban contra él las suspicacias y prevenciones de Floridablanca, y apresuróse á aceptar el convite, como ocasión oportunísima de presentar á la Duquesa en público por primera vez, luegode su restablecimiento.

Habíase convidado para esta solemnidad tan característica de aquella Corte á lo más granado de la grandeza y á todo el Cuerpo Diplomático, pues tras las preguntitas del Catecismo y Gramática castelana, ocultábase y habíase de desarrollar el provecto de matrimonio de la Infanta examinada con el Infante D. Juan de Braganza, que fué luego jurado Príncipe del Brasil y heredero de la corona de Portugal, que ciñó al cabo con el nombre de Juan VI. Celebráronse estos curiosos exámenes en cuatro días consecutivos, en un salón del Palacio preparado al efecto; ocupaba el testero un alto estrado en que presidían el Rey, los Príncipes de Asturias y los Infantes, y había otro á la derecha mucho más bajo, en que estaba la Infanta acompañada por la camarera mayor de su madre, que era entonces Doña Cayetana de Silva y Alagón, Duquesa viuda de Mirrnda Caracciolo, y otra dama, distinta cada día, escogida por el Rey como honorífico obsequio entre las convidadas al acto, que era la encargada de presentar los libros á S. A., tomándolos de manos de los maestros.

Hallánbase éstos frente al estrado de la Infanta, y ocupaban el resto del salón, por riguroso orden de

categorías, todos los invitados al acto. Acompañó á la Infanta en el estrado el primer dia la Marquesa de Santa Cruz, Doña María Ana de Waldstein Lichteustein, y versó el axamen sobre el Catecismo, respondiendo la Princesa á cuantas preguntas le hicieron y explicando varios pasajes al Antiguo Testamento, y su correspodencia con el Nuevo y con las palabras del mismo Cristo. Fué designada el segundo dia para acompañar á la Infanta la Duquesa de Villahermosa. y tratóse de la historia de España, desde los tiempos fabulosos hasta el siglo VII Pronunció luego S. A. un breve discurso sobre el origen, aumento, perfección, decadencia y uso del idioma castellano, y tomando luego el libro que le presentó la Villahermosa, leyó algunas cláusalas é hizo un escrupuloso análisis gramatical de todas ellas palabra por palabra. Tratóse únicamente en el tercer examen de geografía y astronomía, y lució la Infanta todo su saber en las mapas y en la esfera, acompañándola y entregándola el puntero la Condesa de Corres, Doña Mariana de Palafox. Acompañó á la Infanta el cuarto y útimo dia la nueva Condesa de Aranda, Doña María del Pilar de Silva y Palafox (1)

(1) El 24 de Diciembre de 1783 había muerto en Madrid la vieja Condesa de Aranda, que fué suegra del Marqués de Mora, y desempeñó con la Duquesa de Villahermosa, en la primera juventud de ésta, verdaderos oficios de madre. Tres meses después, el Conde de Aranda, que contaba ya sesenta y cinco años, contrajo segundo matrimonio en 14 de Abril de 1784 con Doña María del Pilar de Silva y Palafox, que apenas tenía diez y seis años y era sobrinanieta de su antecesora la primera Condesa de Aranda. Celebróse la boda en el oratorio del Duque de Hijar, padre de la novia, y fueron padrinos los condes del Montijo, y testigos los condes de Miranda y de Corres, D. Fernando y D. Joaquín Palafox y Don Tomás Bernard, Consejero del Real y Supremo de Castilla. Riéronse mucho los burlones de aquel tiempo de esta desproporcionada boda, y no faltó un poeta, Don Miguel García Asensio, abogado del Colegio de Madrid, que acabara de ponerla en ridículo componiendo una égloga epitalámica titulada *Manzanares*, en que el machucho novio apareció transformado en pastar Damon y la gentil novia en pastora Silvia. Escurríase también por allí el rio Manzanares, con todas sus Ninfas, y decíale á otro pastor Melizo, que

Del sabio Alfebiseo
Labre la docta mano
En mi orilla un eterno
Monumento de mármoles bruñidos,
Con la estatua de Cándido Himeneo,
Una inscripción dorada haga notorio
Este caso á las gentes pasajeras.

y acreditóse Su Alteza de latiua leyendo en los *Comentarios de César* y en los libros de *Oficiis* y de *Senectute* de Cicerón algunos pasajes, traduciéndolos al castellano, haciendo análisis gramatical de ellos, y traduciendo igualmente al latín algunas oraciones en castellano que le dictaron algunos de los asistentes. Hizo también los mismos ejercicios en varios libros franceses, respondiendo además en este idioma á cuantos en él quisieron hablarle, y dióse con esto por doctorada la Infanta, y por conquistado al novio, pues de ahí á poco se firmaron las capitulaciones matrimoniales en Aranjuez, y llegó á Madrid el Embajador extraordinario de Portugal, Don Enrique de Meneses, Marqués de Lacincial, para pedir solemnemente la mano de la Sra Infanta.

Durante estos cuatro días, reuníase al terminar los examenes un animado corro en torno de la Princesa de Asturias, é hizo el gasto en todos ellos un andaluz, el Marqués de Méritos, de ilustre casa y agudo ingenio, famoso entonces por sus extravagantes disputas literarias sobre si los hombres comían ó no carne antes del diluvio, y por alguna de sus bromas andaluzas que se habían extendido por toda la España. Fué la más sonada de estas la fundación del imaginario *Regimiento de la Posma*, de que se declaró coronel el mismo Méritos, para satirizar la apatía y cachaza, tan española, de esas personas que con lr cantilena perpetua de mañana veremos pasan los meses y los años en proscatinaciones continuas, sin llegar nunca al término que apetecían. Engancháronse de todas partes de España multitud de voluntarios en el *Regimiento de la Posma*, y duró la chanza más de medio siglo, llegando al palacio de los Reyes, y tomando parte en ella personajes muy graves del Estado. Fué uno de éstos el Capitán general Don Antonio Ricardos, que, hallándose en el Rosellón al frente del ejército, cuando la guerra con la República francesa, recibió una carta del Marqués

---

Diciendo claramente: AL. DESPOSORIO.
DE. DAMON. Y. DE SILVA. EN. SUS. RIBERAS.
MANZANARES. LE. PUSO. AGRADECIDO.

El manual literario correspondiente al mes de Abril de 1784, publica esta égloga entera, que es de lo más malo y grotesco que ha dado de sí el pasado siglo. La segunda Condesa de Aranda, fué, como lo había sido la primera, señora de mucho juicio y cristiandad. Casó en segundas nupcias en 1807 con Don Francisco Fernández de Cánovas, Conde de Castelflorido.

de Méritos, ofreciéndole un refuerzo de sus pesadas tropas de la Posma, y cayó tan en gracia esta humorada á Ricardos, que contestó á Méritos enviándole chistosas instrucciones para el servicio de los soldados auxiliares, parodiando las reales Ordenanzas, al adaptarlas á la índole peculiar de la Posma. Es también curioso el siguiente soneto en cuatro versos de un veterano de la Posma, D. Nicolás Puccini, cadete que era de Guardias de Corps:

Santa poltronería, nume gradito,
Degl'uomini piacer, gioja e diletto,
Yo ti consagro questo mío sonetto
Che per poltronería non ho finito....

Fué el Marqués de Méritos hombre muy ilustrado y digno, buen hablista y medianísimo poeta, si bien era su genio vivo y animado, como lo probó en la corte en aquellas mismas fiestas de los exámenes de la Infanta. Ideó la Princesa de Asturias uno de aquellos días, después del acto, varios juegos de prendas, y condenado el Marqués por las que había perdido á la peliaguda sentencia de decir un favor y un disfavor á la misma Princesa de Asturias, dijo de repente:

Cuanda habla Vuestra Alteza,
Tiene una falta,
Que aunque sensible á todos,
No la reparan.

¿Qué falta es ésa?
Es que acaba más presto
Que ellos quisieran.

Muy satisfecha María Luisa, y queriendo sin duda

poner en aprieto al pobre Marqués, mandóle cumplir por tres veces la sentencia. Mas sin arredrarse Méritos, ni detenerse tampoco, prosiguió diciendo:

Tienes, yo lo confieso,
Mucho agasajo;
Mas con él esclavizas
A los vasallos;
¡Cosa es de hechizo
Hacer de tantos libres
Tantos cautivos!

Que se guarde justicia
Quieres, señora,
Y luego con gran gracia
Tú á todos robas·
Robas afectos;
Atenciones.... y arrobas
A todos ellos.

De disponer de haciendas
Y aun de las vidas,
Con arreglo á las leyes,
Eres muy digna:
Mas ¡ de albedríos!....
Señora eso ya pasa
De despotismo. (1)

Terminaron estas fiestas con una vistosísima iluminación en el Jardín del Principe, dispuesta y dirigida por el futuro Carlos IV. Quemáronse también muchos juegos de pólvora con grandes invenciones

(1) Marqués de Valmar, *Bosquejo histórico-crítico la poesía castellana en el siglo* XVIII.

y artificios, y sirvióse después á los Príncipes una magnífica cena, en mesa ricamente adornada, puesta en la primera calle del jardín que va al embarcadero, y fueron invitadas á la mesa real la Marquesa de Santa Cruz, la Duquesa de Villahermosa y las Condesas de Corres y Aranda, que, designadas por el Rey, habían acompañado á la Infanta en sus ejercicios.

Esta fué la última fiesta de corte á que asistió la Duquesa de Villahermosa, dando en ella por terminado su papel oficial de Embajadora.

XXIV

Con la Embajada de Turín terminó Villahermosa su carrera política y mundana, y su vida comenzó á deslizarse desde entonces sosegada y tranquila, al tenor de la de la Duquesa, en el ejercicio de la piedad y la práctica de cristianas obras. He aquí como muestra de esa vida ordinaria, que se prolongó por más de seis años, lo que escribe el Duque en cualquiera página de su diario de esta época, que es sobre poco más ó menos lo que hacía todos los días.

"14 *de Octubre.*—Me levanté á las siete, y hechos mis ejercicios de la mañana, y habiendo hablado de las cosas de la casa con mi mayordomo, me vestí y leí las cartas del correo, que no contenían nada de importancia. Me fuí al Espíritu Santo á Misa, y allí hice mis devociones; volví á casa, donde hablé con el contador de varios asuntos, y volviendo á salir á las doce, fuí á los Afligidos á las Cuarenta Horas; después á casa de Alcolea y á casa de Villafranca; á las dos comí con Romos y Heredia. A las cuatro me fuí á la Academia Española hasta las seis, á esta hora á casa de Campomanes para hablarle sobre la tu-

tela del conde de Fuentes (1), y sobre la facultad real para vender bienes vinculados; pasé de allí á la casa de la Marquesa viuda de Fontanar, donde estuve hasta cerca de las nueve, que volví á casa, y con la Duquesa y Don Juan Pacheco pasé lo restante de la noche, hasta las diez, hora en que subí á mi cuarto, hice mis devociones y me acosté."

Las aficiones literarias del Duque eran, pues, lo único que venía á distraerle de sus practicas devotas, y siguiendo la corriente de la época, malgastaba la fuerza y el calor de su entendimiento en inútiles estudios, semejante á los de si los hombres comieron carne ó no carne antes del diluvio, de que no quedan ya rastro ni memoria. Es curiosa la siguiente carta del erudito Don Gregorio Mayans y Siscar, respondiendo con cierto tono zumbón á las indagaciones del Duque sobre la personalidad de Asuero y la longevidad de Heráclito y Demócrito. (2)

"Amigo y señor: Quien á buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija. Vuestra merced, que trata con el Excmo. Señor Duque de Villahermosa, no dejará de sacar fruto de su erudita conversación. Pero tenga vuestra merced entendido que sus preguntas no son para saber, sino para examinar. Y así es menester responder á S. E. con arte, para no en-

(1) El Conde de Fuentes, Don Luis Pignatelli, hallábase loco en París, bajo la tutela de su suegro el Conde d'Egmont. Mas habiéndose éste casado por tercera vez, nombró Cárlos III á Villahermosa curador del demente, y como éste se excusase con justas razones, nombró entonces el Rey al Canónigo Pignatelli.

(2) Esta carta va dirigida a Don Antonio Aragonés, que sin duda había hecho las preguntas en nombre del Duque.

redarnos en las respuestas y entretener su idea. Dígale, pues, vuestra merced que más ha de doscientos años que escribió el Dr. Vergara, Canónigo de Toledo, que Eusebio quiere que Asuero sea Artaxerxes, llamado Mnemon, hijo de Darío el bastardo. Josefo afirma que fué Artarxerxes Longimano; otros le hacen Darío Histaspis; otros Cambises, hijo de Ciro, según que cada uno por las conjeturas de los tiempos, y cuenta de años y de edades de hombre, y por otros indicios, colige lo que más verosímil le parecer Y así su excelencia que elija opinión, y diga lo que quiera, que más fácilmente podrá errar que acertar entre tantas opiniones. De Mardoquo, Amán y Esther, no sé sino lo que dice la Escritura,

"Diógenes Laercio escribió la vida de Heráclito y Demócrito. y con mayor exuensión Thomas Stanlys. Heráclito floreció, según Laercio. cerca de la Olimpiada 69, en tiempo de Darío Histaspis, según Suidas. El año eu que murió, le señalaré á S. E. cuando me dirá en qué archivo se conservan los mortuorios de aquel tiempo. Demócrito, según Apolodoro, alegado por Diógenes Laercio, nació en la Olimpiada 80, y llegó á ser muy viejo, según Cicerón en el libro de *De Senectute*. Diógenes dice que su vida pasó de cien años. Flegonte dice que llegó á los cienio y cuatro· Cuciano, Censorino y Hiparco, citado por Diógenes, que llegó á ciento y nueve. Diga vuestra merced á S. E. que elija. Yo me atengo á la opinión de Hiparco como más antiguo, y me sujeto á la censura de S. E., á quien repetirá vuestra merced mi veneración y entregará esta carta; porque á vuestra merced y al Sr. Don Mathías, no importa sino obsequiar á S. E.

"Dios guarde á vuestra merced muchos años como deseo.—Oliva á veintisiete de Julio B. L. M. de

vuestra merced su amigo y servidor,—*D. Gregorio Mayans y Siscar.*"

Por este tiempo bendijo Dios de nuevo el matimonio de los Duques concediénoles otro hijo varón, que nació el 22 de Obre. de 1785, y bautizó D.Pedro de Silva con los nombres de José.Antonio, Juan,Pablo,Gabriel, Rafael, etc. Habíase mientras tanto desarrollado y rabustecido Victorio Amadeo, y al entrar en los siete años, preciso fué á sus padres pensar en la persona que había de dirigir su educación y cultivar su entendimiento que prometía ser agudo y despierto. En vano habían intentado los Duques, por cuantos medios son imaginables, dirigiéndose ora al Rey, ora á los Príncipes de Asturias, arrancar al primero licencia de traer á España un ex-jesuita de cualquiera nacionalidad que fuese para confiarle la oducación del niño Victorio. Negóse siempre el obcecado Mona ca á semejante súplica, y viéronse obligados los Duque á contentarse con un sacerdote secular que les recomendó y envió de Bolonia el P. Pignatelli: llamábase Don José Miguel Wilki, era natural de Friburgo. y había hecho sus estudios y aprendizaje en materias de educación en el Colegio de San Nicolás, de París.

Por Junio de 1788 terminóse al cabo la obra de la iglesia de Pedrola, ofrecida por el Duque á la Virgen para alcanzar la salud de Victorio Amadeo. Habíase agrandado el templo con un espacioso crucero, cuyo centro ocupaba el altar mayor, dedicado á la Asunción da la Virgen Nuestra Señora, y dos capillas colaterales, dedicada una al Sagrado Corazón de Jesús y la otra al Patriarca San José. Los dos grandes y hermosos cuadros de la Asunción y del Sagrado Corazón, que ocupaban y ocupan todavía los altares del centro y la derecha, habíalos pintado Don

Francisco Bayeu, y el del Tránsito de San José, que ocupa el altar de la izquierda, Don José Beratón. Estos tres cuadros,con sus tres altares, y la custodia, copón, cáliz y ornamentos que se estrenaron en la inauguración, fueron costeados de su bolsillo particular por la Duquesa de Villahermosa.

Hubo grandes fiestas en la iglesia y regocijos en el lugar con motivo de la dedicación del nuevo templo, y presidiéronlo todos los Duques y sus hijos, que con este intento se habían trasladado de Madrid á su villa de Pedrola. Celebráronse las fiestas religiosas en el orden siguiente, que consigna el Dnque en su diario:

"*Día 31 de Julio.*—Bendijo la nueva parte de la iglesia el cura párroco de esta villa, D. Salvador Gayubar, con comisión y licencia del Arzobispo de Zaragoza, á las ocho y media de la mañana. Hízose después la traslación del Santísimo Sacramento, con procesión por dentro de la iglesia; cantáronse luego Prima y Tercia; siguió la Misa, que continuó D. Antonio Cabañero, Prior de la colegial de Mora, y predicó en ella de la dedicación del templo el P. Jacobo Hernández, dominico, Prior del convento de Jaca. Concluida la Misa, se cantaron Sexta y Nona, todo con el Santísimo Sacramento patente, que se reservó á las doce. Volvióse á exponer por la tarde, y á las tres, cantáronse Vísperas y Completas, y después de algún intervalo, Maitines y Laudes, y dada la bendición, se reservó á las siete y medla.

"*Día 1° de Agosto.*—Se trastadó el cuerpo de la Venerable Doña Luisa de Borja, Duquesa de Villahermosa, esposa que fué del Duque D. Martín y hermana de S. Francisco de Borja, que murió en opinión de santa y está incorrupta, al paraje que se había destinado para este fin, junto al púlpito, en el presbi-

terio. Hubo la misma función que en el día antecedente en el altar del Sagrado Corazón de Jesús, desde Prima. Cantó la Misa el Rdo. P. Maestro D. Fray Bernardo Ateza, monje cisterciense, y predicó el P. Espinosa, franciscano, predicador del Rey. El coro estaba compuesto de ocho Religiosos Agustinos de Alagón, cinco capuchinos de Epila, el Capítulo de esta villa y otros individuos eclesiásticos que atrajo su devoción.

"*Día 2 de Agosto.*—La misma función en el altar de San José: canto la Misa el cura párroco de esta villa, D. Salvador Gayubar, y predicó sobre el Santo Patriarca el mismo P. Hernández.

"*Día 3 de Agosto.*—Hubo en el altar mayor el Santísimo patente durante la Misa, y se cantó antes de ella Tercia; celebró el Sr. Abate D. Miguel Wilki, ayo de mi chico, y predicó de S. Luis Gonzaga, á quien la Duquesa tenía ofrecida una fiesta, el Rdo. P. Sánchez, carmelita. Con esto terminaron las de la dedicación de esta renovada iglesia."

Antes de celebrarse esta fiesta habían hecho los Duques un devoto viaje al castillo de Javier, en Navarra, para cumplir la Duquesa el voto de esta peregrinación, hecho á San Francisco Javier, de quien era y había sido siempre ferviente devota. Los piadosos peregrinos de hoy hacen sus viajes en rápidos y bien acondicionados trenes, se alojan en cómodas y abastadas fondas, no se avendrían bien con este modo de peregrinar de los Duques que como pintura de la época y prueb del espíritu que animaba á los peregrinos, copiamos del diario del Duque.

Día 4 de Julio.—Habiendo dejado á los chicos en Pedrola, salí con la Duquesa á las cinco y tres minutos de la mañana con un tiro mío, y pasada la barca de Alcalá de Ebro, me puse en el coche con tiro de collares que habían adelantado á la otra parte del rio. Llegué á Ecoron, á las diez y media, de donde salí á las dos dadas, y aunque con mucho calor, llegué á las siete á Cambrón casa de labor que ahora pertenece al Monasterio de la Oliva de Bernardos, y antes fué el sitio donde estuvo el Monasterio de monjas de le misma Orden, que ahora está en Zaragoza con el nombre de Santa Lucía. En esta casa de labor hicimos noche.

"*Día 5.*—Salimos de Cambrón á las cinco y media y llegamos á las nueve á Castilliscar, de donde no podíamos pasar con el coche grande, ni hallamos las caballerías que esperábamos para pasar á caballo á Sos y á Xavier; en el lugar tampoco las había, pues estaban en el campo; pedimos al alcalde que viese si podía buscar algunas, y estándolo ejecutando, llegaron á las diez y media ocho caballerías que enviaban de Sos los Padres de la escuela Pía, á quienes anteriormente habíamos dado cuenta de nuestro viaje; comimos á las doce y media, nos pusimos en el birlocho la Duquesa, D. Miguel Gayubar, (cura de Pedrola,) una criada y yo, y los demás á caballo y el equipaje en cargas, y así llegamos á las tres y media á Sos, donde pasamos un rato en casa de D. Miguel Español de Niño, y habiendo buscado las caballerías que nos faltaban, nos pusimos á caballo á las cuatro y tres cuartos, y llegamos á las siete y tres cuartos á Xavier, donde fuimos á la capilla del Santo que está en el castillo ó palacio, y es el mismo cuarto en que nació. No habiendo hallado acomodo en el palacio, nos fuimos á alojar á la posada que es bastante buena.

"*Día 6.*—Nos detuvimos en Xavier, donde vimos despacio la capilla, que es un cuadrilongo irregular

con un altar de madera dorado; así en él como en la capilla y sacristía, hay cuadros de diferentes asuntos de la vida del Santo, y algunas de otras invocaciones. Hay dos capellanes, que nombra el Duque de Granada, señor del lugar, como Conde de Xavier. Vimos el crucifijo que, según una piadosa tradición, sudaba sangre cuando el Santo pasaba algún trabajo, que está en un oratorio de la casa, obscuro y es muy devoto. El lugar tiene quince casas con su vicario ó cura. Todo es allí del señor.

"*Dia 7.*—Después de oír Misa en la capilla del Santo [donde no está la reserva] y habiéndola oído también toda la familia pues era dia festivo, por ser San Fermín, patrón de Navarra me puse á caballo un poco antes que la Duquesa, con ánimo de ir al castillo y pardina de Buscalapueyo que me pertenece y vale de arriendo veinte cargas de trigo, con más de la décima y primicia y sesenta libras jaquesas. Me reuní con la Duquesa en una eminencia vecina, y llegamos juntos á caballo á Sos, donde estuvimos tres cuartos de hora. Nos pusimos en el birlocho á las once y llegamos á Castilliscar á la una y media, comimos y salimos después para Cambrón, adonde pasamos la noche en la misma casa de labor.

"*Dia 8.*—Salimos á las seis y media de Cambrón y llegamos á Tueste á las doce y media, en donde nos hospedamos en casa de Don Juan Andrés, por ser muy malo el mesón. Seguimos nuestro camino después de comer, y llegamos á la barca de Alcalá á las seis, desde donde, del mismo modo que á la venida, llegamos á Pedrola á las seis y media."

Prolongaron los Duques su estancia en Predrola hasta el 7 de Octubre, cogiéndoles en el camino de vuelta á Madrid el dia de San Francisco de Borja, fecha desde entonces memorable para ellos, por haberles acaecido en la noche de aquel dia un caso bien extraño, en que vieron patente la protección del Santo que habían escogido como patrono y protector de los Estados de Villahermosa. Componíase la comitiva de cinco noches, que marchaban en esta forma: iba adelante, en el primero, la cocina con el cocinero, ayudante, mozo y un criado; en el segundo iba el niño José Antonio, con su aya, sus dos criadas y el médico; ocupaban el tercero los Duques, Victorio Amadeo y el Abate Wilki, ayo de este; en el cuarto iban tres criadas de la Duquesa y la hija del médico; en el quinto que era lo que llamaban entonces una berlina de cuatro asientos, venían el mayordomo, el repostero, el mozo de reposteria y otro ayuda de cámara. Cogióles la noche del 10 de Octubre entre Revollosa y Jadreque, y aunque los postillones picaron largo, cerró aquella tan negra y tan obscura y acompañada de nieve y ventisca, que ni los cocheros y y postillones acertaban á guiar, ni obedecían los tiros á otra cosa que á su instinto; con lo cual y la violencia de la carrera, volcó el coche de los Duques en alto de un repecho, con gran estrépito y confusión por amontonarse encima los que detrás venían, y arrastrar las asombradas colleras el coche tumbado no poco trecho. Y fué cosa maravillosa que en tanto aturdimiendo y tan grave peligro, no sufriesen el más mínimo daño los que dentro del coche venían, ni se rompiese tampoco rueda, muelle alguno, y aun los vidrios que venian echados por el frio, quedaron intactos, sin que fuese necesario otra cosa para remediar tan grave accidente, que levantar el coche tumbada, enganchar otra vez los tiros y seguir adelante.

———